



Prólogo

*Los personajes son reales.
Por un acendrado reflejo aeronáutico,
al recordar transgresiones felices no se ponen nombres.
El amor verdadero tampoco los necesita.
En esta historia un par de detalles permiten
– a algunos pocos privilegiados- identificar los protagonistas,
elevando la emoción que hace sentir la bella pluma del autor.*

Pilotoviejo

Óleo de Leonardo Correa Luna

1955

No hay amor con condición ni pasión sin trasgresión.

Sentimientos ambos indispensables para honrar la vida.

Y de esto van los eventos que a continuación trataré de describir con mediana precisión y profundo sentimiento.

La pareja llevaba más de cuarenta años juntos. En su vivienda tenían lo necesario, y del patio y aledaños obtenían lo suficiente, para ellos y para quien pidiera al pasar.

Ya con sus hijos casados, sobrinos que recibían de tanto en tanto, y amigos del vecindario, sus vidas transcurrían con la tranquilidad que da un pueblo del interior y la felicidad que merece la gente buena.

Lugares donde el tiempo se mide despacio, el respeto está casado con la convivencia, la consideración se levanta muy temprano y la hospitalidad no duerme.



Luego de entrar leña para la cocina y recoger los huevos que las gallinas laboriosamente habían intentado esconder, María volvió a fijarse en la damajuana de caña con pitanga casi vacía.

En ese momento su marido llegaba de sus habituales tareas de campo con una tarrina de leche, escapando al calor inminente para sentarse, ensillar el mate y escuchar la radio.

Ella tomó una cesta y como cada noviembre salió de su casa camino al campo lindero.

Esquivando tacuruces, matas y algunos cardos, la bajada la llevaría hasta los pitangueros, largo trecho entre algún curioso petizo que pastando transitaba la calurosa mañana.

A poco de despedirse la primavera, el calor se hacía sentir, pero los quehaceres del hogar la retrasaron en esta tarea que se le ocurrió obligada y no pudo salir antes. Porque para la Navidad, su sobrino predilecto pasaría a tomarse una caña con pitanga y el placer de verlo degustarla compartiendo sus historias y pasiones, era un momento muy esperado al finalizar el año.

Un mes después de florecer, los frutos estaban maduros y no quedaba mucho tiempo para que cayeran, o los pájaros se harían cargo en esos arbustos más cercanos.

Mientras dejó a Doña María caminando a paso lento, respetando su físico y las irregularidades del terreno, paso a contarles de otro personaje a muchos kilómetros del lugar, que de una forma distinta, también vivía su jornada.

Detrás de una enorme hélice de cuatro palas y más de mil caballos de fuerza, el piloto puso en marcha el motor Packard e hizo temblar el aire a su alrededor, como alertándolo de que pronto invadirá su espacio.

Apenas asomaba en la carlinga monoplaza, mientras hacía los chequeos de rigor previo a su partida con otras tres aeronaves P51 Mustang. Se aprestaban a salir en una misión de patrulla fronteriza.

Con una potencia arrolladora, estas máquinas que dominaron los cielos al fin de la segunda guerra mundial, evolucionaban como águilas plateadas, rugiendo a su pasar por las praderas y cuchillas orientales.

La escuadrilla de cuatro aeronaves fue autorizada a despegar. Una carrera vibrante sobre la pista, con su máxima potencia, los deslizó con gracia vertiginosa hacia el oriente.

Volviendo a María, les cuento que había elegido cuidadosamente las pitangas, maduras, de un rojo violáceo se fue llenando su bolsa. Para la noche estarían sumergidas en caña brasilera para añejarse y luego de un mes, convertirse en un rico aperitivo para los visitantes de su hogar, y sobre todo para su sobrino.

Ya casi al mediodía había emprendido el regreso bajo un sol que abrazaba el campo. Mientras caminaba sentía el esfuerzo que le requería el repecho.

“Vaya saber si se acuerda de mi este mocoso...siempre entre las nubes...” pensó. Pero un acto de amor no pide nada a cambio y continuó su camino a la casa, saludando a unos vecinos al cruzarse, con mirada orgullosa por el destino de su preciada carga.

Mientras las gotas de sudor le corrían por la cara y su respiración se agitaba, sintió que la tierra comenzó a vibrar.



Un leve zumbido fue creciendo hasta convertirse en un trueno que invadió el aire a su alrededor.

Temblaron los macachines y se silenciaron los pájaros.

La sombra que la traspasó parecía aplanar los cardos y una tempestad metálica comenzó a elevarse luego de sobrevolarla en atronador pasaje a baja altura.

El Mustang con su figura estilizada fluía en el aire casi sin tocarlo, apenas molestándolo a su paso, pero marcando en forma imponente su fuerza y su presencia.

Los paisanos del camino miraban petrificados, tratando de entender lo sucedido.

Sobre la casa tomó altura apuntando al zenit, completando una imagen diferente en el paisaje. Un cuadro sublime de tradición y presente, con dos protagonistas tan lejos y tan cerca.

Amor y pasión en circunstancia y coincidencia. Honrando la vida.

Mientras el piloto ascendía para reunirse con sus camaradas, en tierra con el brazo aún en alto y una sonrisa cómplice de ojos vidriosos, la tía María orgullosa apuró el paso, feliz y con la energía de quien recién comienza una dichosa jornada.

Hugo Jackson Peña

Ciudad de la costa, 2020



más Memorias del Tiempo de Vuelo en el sitio web:
www.pilotoviejo.com



más Memorias del Tiempo de Vuelo en Facebook:
www.facebook.com/Pilotoviejo



Créditos:

Excepto indicación expresa el contenido, diagramado y edición de esta publicación, es de Pilotoviejo.

Publicado: 15/08/2025
© Hugo Jackson Peña, 2025